

FERNANDO GARCÍA MAROTO

# ACELERACIÓN DE LA REALIDAD



Maclein *y* Parker

**Primera edición:** mayo de 2021

**Del texto:** © Fernando García Maroto, 2021

**De la cubierta:** © Beatriz López Gallego, 2021  
[www.behance.net/beatrizlopezgallego](http://www.behance.net/beatrizlopezgallego)

**De esta edición**

© Macleín y Parker, 2021  
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6  
41701 Dos Hermanas, Sevilla  
[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

**Edición y corrección:** Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Diseño de la colección y maquetación:** Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Impresión:** Estilo Estugraf Impresores, S.L.  
Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.5 de 90 g/m<sup>2</sup>  
Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m<sup>2</sup>

**ISBN:** 978-84-123478-0-7

**Depósito Legal:** SE-742-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

*A Lorena y Marcos García*

Y es que la aceleración de la realidad,  
su deterioro permanente,  
puede ser la fuente y la razón del nihilismo.

MICHEL ONFRAY

## AUTÉNTICOS ASESINOS



J. F. CARSON, *batería*  
R. ALONSO, *trompeta*  
P. FIGUEROA, *contrabajo*  
D. MEJÍA, *piano*

### CARSON

Para tocar la batería hay que estar un poco loco. Y para ser batería de un conjunto de jazz, la locura debe ser doble. No sé si me explico. Me refiero a que no vale tan solo con tener sentido del ritmo, buena coordinación y pulso firme. Hablo de algo muy distinto: un nervio siempre a punto de saltar, una intuición que en ocasiones hace daño. ¿Me entiende? No, claro que no; usted es policía, por qué diablos iba a entender de estas cosas. Aunque yo creo que le vendrían muy bien en su trabajo.

Con muy pocos años, allá en mi tierra, supe que yo iba a tocar la batería y que iba a hacerlo bien, a ser uno de los mejores. No paré hasta conseguirlo. Empecé golpeando con un par de palos todos los objetos que encontraba a mi

paso. Mis padres —que en paz descansen— me regañaban una y otra vez, me imponían castigos absurdos. De nada sirvió. Yo creo que tenían miedo. Miedo de que terminara como esos otros chicos negros de barrios pobres, mis iguales, que recorrían los clubes nocturnos de todo el país viajando en coches destartalados, que tomaban drogas duras un día sí y otro también, que fumaban y que bebían sin parar, que iban con prostitutas y morían jóvenes. Al menos, en lo último, se equivocaron. Tal vez muera mañana, con mis antecedentes no me hago ilusiones; sin embargo, ya no lo haré joven. Puedo estar satisfecho.

Viajé mucho, sobre todo al extranjero, donde se volvían locos con este tipo de música, nuestra música, y siempre había quien quisiera contratarte para tocar durante una semana o dos en cualquier antro de mala muerte. Pero no pagaban mal y yo era libre. Grabé una decena de discos, formé parte de buenas bandas; anduve siempre con músicos excepcionales. No me puedo quejar. Al final me hice un nombre, que no es poco, y aquí me tiene. Vine a Capital hace ya unos años, no sabría decirle con exactitud cuántos, y vine para quedarme, para morir aquí.

Conocí a los dos chicos en un club, de qué otra forma iba a ser. Habían oído hablar de mí, habían escuchado todas mis grabaciones (aquel día les firmé un par de discos, ¿qué le parece?) y solo les faltaba verme en directo, en plena acción. No los defraudé. Congeniamos al instante. Mejía llevaba siempre la voz cantante, y la sigue llevando, pero menos; Figueroa es más racional, más prudente, aunque eso no importa mucho. Me propusieron formar un trío. Tenían grandes planes y yo no los saqué de su error.

No obstante, acepté. Lo mejor de todo es que a mi edad ya no te importan mucho las habladurías, los chismes, la opinión de los demás o las críticas, ni las buenas ni las malas; haces lo que quieres o no lo haces, pero tú eliges. Eso es oro, amigo. Se lo digo yo, que todavía recuerdo mi infancia, las privaciones y toda aquella sumisión.

Comenzamos a ensayar: un horror. Sesiones interminables, cuatro o cinco tomas por canción, miles de correcciones a la partitura; sin embargo, yo disfrutaba y ellos parecían encantados de estar cumpliendo su sueño. Mejía y Figueroa son un par de niños ricos, a ellos nunca les ha faltado de nada, pero no me malinterprete, no son mala gente. Son buenos chicos, aunque no tienen nada que ver con lo que yo represento o he representado. Aun así, apreciamos lo que hacemos, lo vivimos intensamente, pero de modos muy diferentes. Luego fue cuando empezaron los problemas.

#### FIGUEROA

Mejía y yo nos conocimos en la facultad. Ambos compaginábamos los estudios universitarios con nuestra formación en el conservatorio y no tardamos ni una semana en convertirnos en los mejores amigos; coincidíamos en muchos aspectos: familias muy parecidas, intereses similares, gustos casi idénticos, una ilimitada pasión por la autenticidad, aunque no tanto en nuestra manera de ser. De todos modos, la idea de crear un grupo de música jazz siempre había planeado por nuestras cabezas como un continuo obstinado y, aunque Mejía tomó la iniciativa —por eso

siempre ha creído que el grupo es suyo y él es el jefe—, yo tuve mucho que ver en su formación y también en su desarrollo posterior.

Carson vino después; necesitábamos un impulso y qué mejor manera de conseguirlo que contar con una presencia internacional, un componente de categoría que diera lustre al nombre de la banda, la sacara del anonimato —la fosa común del talento— y sirviera tanto de trampolín como de reclamo indiscutible para el público experto o no. A mí nunca me convenció del todo el tal Carson (me veo incapaz de explicárselo mejor, no sé, puede llamarlo un pálpito; no, no son prejuicios), pero he de reconocer que el tipo sabía de qué iba el asunto porque no había que repetirle las instrucciones dos veces, marcaba el ritmo como nadie y siempre estaba un paso por delante, incluso ya había cruzado un puente y dado cien vueltas cuando nosotros ni siquiera habíamos pensado en echar a andar.

Sin embargo, no fue suficiente. Al menos no para Mejía: quería más. Aquello le sabía a poco. Gracias a Carson, que tenía contactos y sabía cómo manejarse en el mundillo, conseguimos bastantes conciertos, no pocos. Los empresarios de los clubes recelaban de un par de novatos y no habrían cedido sus instalaciones y comprometido una semana de actuaciones —siete noches seguidas, pases dobles, a las diez y a las once— si no hubiese sido por el negro, que, entre copas y cigarrillos, cerraba los tratos mediante un repugnante apretón de manos callosas pringadas de sudor. Nada de contrato, nada de seguridad: un apretón viril junto con la promesa de tener la sala lista para el día señalado. Y siempre estaba lista, eso sí.